

Relato N°5

La luz del porche

Un día de marzo, allá por 1984, con mi valija un tanto desgastada de tantos viajes de estudiante, llegué a Alta Italia.

Un lugar pequeño, con gente hospitalaria y amable.

“Bajate del colectivo —me dijo la señora Blanca, directora de la Escuela N.º 14—. La única luz que vas a ver es la del porche de mi casa. Te estaré esperando.”

¡Cuánta ansiedad!

Recién recibida de maestra, tomé el colectivo en Realicó y, confieso, busqué Alta Italia en el mapa.

Era una noche muy oscura, pero al llegar me recibieron con los brazos abiertos, y desde ese instante me hicieron sentir una más del pueblo.

Traía mi maleta repleta de ganas de hacer, de ilusiones, de amor para dar a esos pequeños que no tenían maestra; y también de sueños, de esos que se cargan con la convicción de quien empieza a escribir su historia.

Así comenzó mi aventura.

Una escuela llena de luz, con maestros de trayectoria, con ese clima que sólo tienen los lugares donde enseñar y aprender se confunden con vivir.

De a poco fui conociendo gente, costumbres, calles, y comencé a trabajar en un cargo interino que se transformó luego en titular.

Tengo grandes recuerdos de mi paso por esa escuela.

Cada fin de año se realizaba una velada de gala: cada maestro preparaba con sus alumnos una puesta en escena única, y la Cooperadora trabajaba incansablemente en la cantina para recaudar fondos.

Con mis chicos hicimos *Ritmo de la noche*, *Grandes valores del tango*, *Los planetas cuentan*, *Un pueblo llamado felicidad*.

¡Cuánto trabajábamos! Docentes, padres, alumnos, todos unidos en una misma ilusión.

Recuerdo los trajes maravillosos que confeccionaban: en la representación de *Los planetas*, cada niño llevaba una estructura de hierro fino forrada en tela; el sol resplandecía, la luna tenía destellos plateados.

¡Cómo olvidar esos momentos!

En mi escuela se festejaba todo: desde los aniversarios hasta la jubilación de alguna colega. Desde el director hasta los porteros se disfrazaban, hacíamos sketches, cantábamos, reíamos. Y entre risas y canciones, nunca dejamos de enseñar.

En ese templo del saber fui maestra, secretaria y directora, por sus aulas pasaron mis hijos y mi nieto.

Y la escuela sigue siendo ese maravilloso espacio que hace sitio, aunque hoy la miro de afuera.

Han pasado ya cuarenta años desde aquella primera noche.

Mi valija cambió, mis manos también.

Pero cada vez que vuelvo a cruzar esas calles, siento que algo sigue igual: la calidez, la pasión, el sentido de pertenencia.

En estos años el pueblo creció, cambió su fisonomía, llegaron nuevos tiempos, nuevas formas.

Pero Alta Italia conserva su esencia: la de la comunidad que se une, que aprende, que celebra, que no olvida.

Yo también crecí entre sus aulas.

Aprendí que enseñar no es solo dar clases, sino acompañar vidas, sembrar confianza, mirar con ternura.

Aprendí que los pueblos chicos también guardan historias grandes, de esas que se escriben con trabajo, afecto y memoria.

Si cierro los ojos, vuelvo a escuchar la voz de Blanca esperándome aquella primera noche, y entiendo que mi vida quedó unida para siempre a este lugar.

Porque en los últimos cuarenta años, mucho cambió afuera, pero adentro, en el corazón, todo sigue igual: la vocación intacta, la emoción al ver crecer a los alumnos, y la certeza de que Alta Italia fue, es y será, para mí, **mi verdadera luz del porche.**